

DE NYC A BCN

Auden, Orwell & la Guerra de España

IGNACIO FONTES

“Conozco muy bien las razones por las que los intelectuales de nuestro país demuestran su cobardía y su deshonestidad; conozco por experiencia los argumentos con los que pretenden justificarse a sí mismos. Pero, por eso mismo, sería mejor que cesaran en sus desatinos intentando defender la libertad contra el fascismo.

Si la libertad significa algo, es el derecho a decirle a los demás lo que no quieren oír.

En la actualidad, en nuestro país los progresistas le tienen miedo a la libertad y los intelectuales no vacilan en mancillar la inteligencia”.

George Orwell, *Libertad de Prensa* (Prólogo inédito para *Rebelión en la granja*).

1.

Vuelvo a traducir a Wystan Hugh Auden (York, 1907-Kirchstetten, Austria, 1973), viaje con él en su centenario: dejó New York City, su hogar adoptivo –junto con Kirchstetten, donde murió– de británico trasterrado por su condición homosexual, camino (aéreo) de Barcelona, ciudad que, en la Guerra Civil española, marcó al periodista, novelista y crítico George Orwell, también británico, también escritor, también brigadista en España, que fue tan rendido admirador literario suyo como implacable crítico político.

Me gusta “ese poeta inferior llamado Auden” –despreció ese poeta superior llamado Jaime Gil de Biedma (Barcelona, 1929–1990), a quien, a su vez, *càstig de Déu*, tildaron de “imitador” del anglo-norteamericano–; su poesía, sublime y sublimadamente terrestre es una de las que informan, en el sentido filológico de la palabra, la poesía anglosajona del siglo xx. También me gustan su vida, su

búsqueda, su larga fidelidad a Chester Kallman, con la grandeza del gran amor y la gran miseria del matrimonio, y su desprecio por las convenciones: en 1935 se casó con Erika Mann, hija de Thomas Mann, actriz y ella misma igualmente homosexual, para que, con pasaporte británico, pudiera escapar de los nazis. Incluso su deriva espiritual, de las raíces católicas familiares al agnosticismo juvenil, el anglicanismo de su madurez y vuelta a la verdadera religión, aunque intelectualizada, reformada, con las ideas del teólogo protestante alemán Dietrich Bonhoeffer (1906–1945) –ejecutado por su implicación en el complot para asesinar a Hitler–, fundador de la Iglesia de los Confesantes, movimiento cristiano contra el nazismo, para quien la teología pastoral transmitida por la religión cristiana había adoptado un carácter infantiloides en detrimento del servicio al sufrimiento del ser humano... En fin, esas dudas abstrusas de los intelectuales místicos, que, a veces, son entretenidas.

Y, además, simpatía por su apoyo al gobierno de la II República Española, en cuyas fuerzas se alistó, quiso hacerlo, para combatir contra los militares golpistas en la *Guerra de España*, como denominan los británicos la guerra civil de 1936-39.

Como otros jóvenes intelectuales o rebeldes de todo el mundo, W. H. Auden fue uno de los 35.000 luchadores por la libertad que se alistaron en las Brigadas Internacionales y, por el prestigio de que ya gozaba como autor de la gran poesía

británica, fue un señalado representante de la intelectualidad occidental comprometida con la causa de la libertad amenazada en España. En el caso de los brigadistas franceses, la principal nacionalidad con unos nueve mil voluntarios, la mayor parte procedía de una clase obrera concienciada de la amenaza fascista del futuro, pero en el de los británicos, como en el de otros muchos brigadistas, los movilizó la ideología, cercana cuando no militante en el Partido Comunista, así como el impulso, digamos romántico. El tan respetado como denostado historiador británico marxista y del marxismo Eric Hobsbawm (Alejandría, Egipto, 1917) lo explica gráficamente: la foto del poeta John Cornford, líder estudiantil del Partido Comunista británico, que había caído en el frente en una batalla en Lopera (Jaén), en diciembre de 1936, al día siguiente de cumplir veintiún años, era más omnipresente en Gran Bretaña que lo sería la del Che Guevara en los años 70 y su ejemplo señalaba el camino que debía recorrerse por la libertad: luchar en la guerra que sucedía “En aquel árido cuadrado, aquel fragmento desgajado/ de la ardiente África, tan crudamente soldado a la ingeniosa Europa”, escribe Auden, donde “nuestros pensamientos tienen cuerpos”, no obstante esa inexplicable ignorancia de los intelectuales, al menos de los creativos, para los que “España era *terra incognita*”, dice Hobsbawm.

Ilustrado el impulso, lo explica la confianza de Auden a un amigo:

“I shall probably be a bloody bad soldier. But how can I speak tofor them without becoming one?” [“Probablemente seré un soldado ‘condenadamente malo’, pero, ¿cómo puedo hablar de/ por España y los españoles sin enrolarme?”].

Auden sólo estuvo siete semanas en la Guerra de España. Trató de engancharse como conductor de ambulancia –la prensa británica de partido anunció su alistamiento como “*Famous Poet To Drive Ambulance in Spain*” (*The Daily Worker*)–, una fantasía bastante común en ciertos caracteres, que él sublimaba como *a mercy for the wounded*, una bendición para los heridos.

Pero en la Spanish Medical Aid Committee, la pequeña unidad sanitaria británica de voluntarios, una docena de médicos y enfermeras, lo rechazaron; Auden dirá que por no ser del Partido Comunista, pero sus biógrafos lo achacan a su escasa pericia como chófer, pues no todos eran comunistas en la organización solidaria. Se trasladó a Valencia, capital provisional de la República, pero insatisfecho con la actitud de espera, poco aventurera, de correspondientes e intelectuales, alojados como él en el Hotel Valencia a la espera de acontecimientos, se hizo con un burro y salió a *ver la guerra*; tras media docena de kilómetros de camino, el animal lo *licenció* de una coza... Volvió a Madrid en un coche con un grupo de comunistas británicos que le hicieron ver que para las autoridades republicanas los brigadistas distinguidos como él servían mejor a la causa leal haciendo propaganda que regando con su sangre los campos de ba-



Auden y George Orwell

talla —lo que sería inmediata consigna del mando comunista británico, que desaconsejó alistarse a quienes no dispusieran de aptitud y habilidad militar— y lo animaron a emplearse como traductor y en tareas de proselitismo publicitario. Así lo hizo: alguna traducción, algunas emisiones radiofónicas patrocinadas por el Partido Socialista Obrero Español (PSOE) y un artículo para *New Statesman*, el semanario de la Sociedad Fabiana, socialista, describiendo sus impresiones en Valencia.

El corazón de España, Madrid para W. H. Auden —“*Madrid is the heart*”, contra el que la avaricia se proyectaba en piquetes de fusilamientos y bombas (“*Are projecting their greed as the firing squad and the bomb*”)—, ardía de ira contra las clases poderosas que habían arrastrado sin piedad al país a una incivil guerra entre hermanos, pero la violencia de su furia insensata no era lo que esperaba ver en defensa de las libertades democráticas

y de la II República Española, especialmente decepcionado por el maltrato al clero y a la religión. Mientras aceleraba su vuelta a Inglaterra —a las siete semanas de llegar, en vez de los cuatro meses que había previsto—, Auden se preguntaría sobre lo que lo había movido a viajar a la España en guerra: “*I feel I ought to go*”: sentía que *debía* ir, le había escrito a su amigo en la carta citada, así como su idea del papel del poeta en la sociedad; “*I am not one of those who believe that poetry need or even should be directly political, but in a critical period such as ours, I do believe that the poet must have direct knowledge of the major political events*”. (No soy uno de éstos que creen que la poesía necesita o incluso debería estar politizada, pero en un periodo crítico como el nuestro, creo que el poeta debe tener conocimiento directo de los principales eventos políticos.)

Es decir, el poeta como un testigo de su tiempo al que los

acontecimientos lo obligaban —“*the time has come to gamble on something bigger*” (ya es hora de jugar más fuerte)— a implicarse, a “correr el riesgo”.

De vuelta a Gran Bretaña, en un solo mes escribió “de y por España y los españoles”: *Spain 1937* (1937), un poema en una *plaquette* de cinco páginas que editó Faber & Faber, en cuya sección de poesía oficiaba el gran Thomas Stearns Eliot (Missouri, Estados Unidos, 1888-Londres, 1965), maestro de la generación poética anglosajona inmediatamente anterior a la suya —y a quien, según autorizados críticos, Auden superó “no tanto en la técnica del verso como en la del tono y, sobre todo, en las modulaciones de la voz” (“Actos de contrición”, Jaime Siles, *ABC de las Artes y las Letras*, núm. 755, Madrid, 22 de julio de 2006). De alguna manera, Eliot hizo al revés el camino que luego transitaría Auden: nacionalizado británico, convertido al anglicanismo y monárquico conservador, aun sintiendo afinidad por los traidores españoles, dicho sea en sus términos, la crueldad de sus actuaciones le impedía apoyarlos públicamente, aunque desde luego tampoco lo hiciera por la República. Pero había sido el primer editor de Auden —*Poems* (1930)— y debió parecerle que el combativo opúsculo tenía suficiente calidad poética para publicarlo, más cuando los beneficios que originara la edición se destinaban a incrementar la ayuda sanitaria británica a los soldados republicanos.

Un espíritu acaso más libre que el de ambos poetas, el del escritor, crítico y periodista

George Orwell, aunque hizo una contundente crítica política a Auden, calificó *Spain 1937* como “una de las pocas cosas decentes que se han escrito de la Guerra de España”. En general, la crítica recibió con admiración el gran poema épico que Auden escribió febrilmente —el influyente economista John Maynard Keynes (Cambridge, Cambridgeshire, 1883-Firle, East Sussex, 1946) lo saludó como un poema que habla “por muchos corazones caballerosos”—, en el que, con el tono moral característico de su poesía, avisa que la civilización cuyo nacimiento y desarrollo canta en el primer tercio del poema la cuestiona el avance del fascismo en Europa, del que la Guerra de España es el siniestro laboratorio experimental: “¡Intervén!”, le grita al mundo, “¡Oh!, desciende como una paloma, como papá furioso/ o apacible ingeniero, ¡pero hazlo!” [*Intervene! O! descend as a dove or a furious papal or a mild engineer, but descend!*].

Compuesto en estancias, traduzco algunas, si no las mejores, todas, sí las más significativas:

(...)

En aquel árido cuadrado, aquel fragmento desgajado / de la ardiente África, tan crudamente soldado a la ingeniosa Europa, / en aquella meseta tatuada de ríos, / se encarna nuestra idea; la ominosa silueta de la fiebre

es precisa y vívida. El miedo que nos hizo responder / a ofertas médicas y literaturas de cruceros de invierno, / se ha trocado en batallones invasores / y nuestras caras, las maquilladas, las de ir de compras, las destruidas

disparan su avidez en piquetes de fusilamiento y bombas./ Madrid es el

corazón. Nuestros accesos de ternura estallan / en sacos terreros y ambulancias; / las horas de amistad, en ejército del pueblo.

Mañana, el futuro, quizá. La investigación sobre el cansancio / y la rutina del empaquetador; la progresiva exploración / de todas las octavas de la radiación electromagnética. / Mañana, la expansión de la mente gracias a la dieta y a la respiración.

(...)

Y la vida, si es que nos da respuestas, habla desde el corazón, / los ojos y pulmones, desde tiendas y plazas ciudadanas: / “¡Oh no!, no soy el Influyente, / no hoy, no para vosotros. Para vosotros soy

el pelotillero, el colega de barra, el *palomo*: / soy lo que hagáis de mí, vuestra promesa / de buen comportamiento, vuestra cháchara alegre, / la voz de vuestro anhelo, vuestro matrimonio.

“¿Qué proponéis? ¿Edificar la Ciudad de los Justos? La construiré. / De acuerdo. ¿O es un pacto suicida, Muerte / romántica? Muy bien, lo acepto, pues soy / lo que habéis elegido y decisión vuestra: sí, yo soy España”.

Y el dramático final:

(...)

Mañana para el joven, poetas estallando como bombas, / paseos por el lago, semanas de comunión perfecta; / mañana, carrera en bicicletas por la tarde estival. / Pero hoy, la lucha.

Hoy, el premeditado incremento del riesgo de morir, / la admisión consciente de la culpa en el asesinato necesario; / hoy, el gasto de energías / en el dogmático efímero panfleto y el aburrido mitin.

(...)

Las estrellas han muerto; los animales no querrán mirar: / estamos solos junto con nuestro día, el tiempo apremia / y quizá la Historia se lamenta por el vencido, / pero no puede darle ayuda ni perdón.

España 1937 (1937).

[Some meaningful stanzas of W. H. Auden's Spain 1937:

(...)

On that arid square, that fragment nipped off / from hot Africa, soldered so crudely to inventive Europe; / on that tableland scored by rivers, / our thoughts have bodies; the menacing shapes of our fever

are precise and alive. For the fears which made us respond / to the medicine ad. and the brochure of winter cruises / have become invading battalions; / and our faces, the institute-face, the chain-store, the ruin

are projecting their greed as the firing squad and the bomb. / Madrid is the heart. Our moments of tenderness blossom / as the ambulance and the sandbag; / our hours of friendship into a people's army.

To-morrow, perhaps the future. The research on fatigue / and the movements of packers; the gradual exploring / of all the octaves of radiation; / To-morrow the enlarging of consciousness by diet and breathing.

(...)

And the life, if it answers at all, replies from the heart / and the eyes and the lungs, from the shops and squares of the city: / O no, I am not the Mover, / Not today, not to you. To you I'm the

Yes-man, the bar-companion, the easily-duped: / I am whatever you do; I am your vow to be / Good, your humorous story; / I am your business voice; I am your marriage.

“What's your proposal? To build the Just City? I will, / I agree. Or is it the suicide pact, the romantic / Death? Very well, I accept, for / I am your choice, your decision: yes, I am Spain”.

And the dramatic conclusion:

(...)

To-morrow for the young the poets exploding like bombs, / the walks by the lake, the weeks of perfect communion; / to-morrow the bicycle races through the suburbs on summer evenings. / But today the struggle.

To-day the deliberate increase in the chances of death, / The conscious acceptance of guilt in the necessary murder; / To-day the expending of powers / On the fiat ephemeral pamphlet and the boring meeting.

(...)

The stars are dead; the animals will not look: / we are left alone with our day, and the time is short / and History to the defeated / may say Alas!, but cannot help nor pardon.

Spain 1937 (1939)].

Como siempre que la literatura toma partido —partido hasta *man-charse* (Gabriel Celaya [Hernani, Guipúzcoa, 1911-1991], *La poesía es un arma cargada de futuro*)—, se abre un debate...



2.

George Orwell (Eric Arthur Blair, Motihari, estado de Bihar, India, 1903-Londres, 1950) escribió: “This poem is one of the few decent things that have been written about the Spanish War”. Como testigo y como escritor, tenía autoridad para decirlo, para apreciar el poema de W. H. Auden y singularizarlo en la creación literaria y periodística de un asunto del que creía que todo el que lo abordaba lo hacía con espíritu partidista: “Everyone who writes of the Spanish War writes as a partisan”, pero su insobornable espíritu libertario no dudó en acusar de estalinista un terrible verso de *Spain 1937*: “The conscious acceptance of guilt in the necessary murder” [“La admisión consciente de la culpa en el asesinato necesario”].

Militante del Partido Laborista Independiente, un partido socialista británico radical y no tibiamente socialdemócrata como el *Labour Party*, Orwell fue de la primera hornada de brigadistas que se enrolaron en la Guerra de España y aunque el que luego sería célebre autor de *Rebelión en la granja* (1945) y de *1984* (1949) ya había escrito y publicado algunos libros

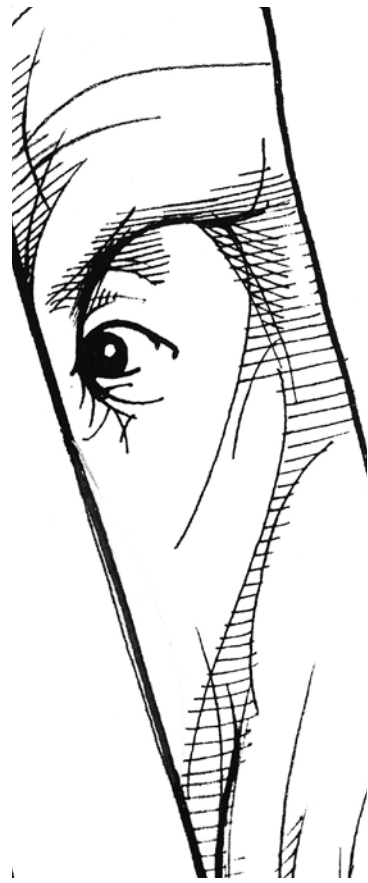
—como *The Road to Wigan Pier's Diary* (1933), un largo reportaje periodístico-literario sobre las míseras condiciones de vida de los mineros del norte de Inglaterra—, no fue a España como otro intelectual preocupado por su tiempo sino como soldado, más como el poeta John Cornford que como el poeta Wystan Hugh Auden, es decir, a combatir. Con 32 años, llega a Barcelona y se alista en las milicias del Partido Obrero Unificado Marxista (POUM), un partido obrero marxista revolucionario cuyas raíces procedían de una escisión comunista y se proclamaba de ideología trotskista y, ante todo, antiestalinista. Orwell fue testigo y casi víctima de la represión del POUM y del anarcosindicalismo en las conocidas como *Jornadas de Mayo*, *Sucesos de Mayo* o *Hechos de Barcelona*, que enfrentaron a sus militantes con el gobierno de la República. Presidida por el doctor Juan Negrín, socialista, hubo de plegarse a las directivas de Stalin para contar con una ayuda militar que se juzgaba imprescindible para ganar la guerra a las poderosas fuerzas sublevadas, desde el fascismo falangista a la Iglesia, el gran capital y buena parte de la alta oficialidad de los ejércitos. La orden de Stalin era controlar a trotskistas y anarquistas hasta eliminar unas tendencias revolucionarias que, por antiautoritarias, se extendían con rapidez y facilidad por España y amenazaban la supremacía del PCE.

Del 3 al 8 de mayo de 1937, las fuerzas de la República, auxiliadas por las milicias del Partido Socialista Unificado de Cataluña, federado con el PCE, de Esquerra Republicana y del Estat Català, se emplearon en sangrientos combates contra las milicias del POUM, de una parte de la CNT y de otros pequeños grupos revolucionarios aliados. La represión fue despiadada —unos 400 muertos sólo en Barcelona— y desmanteló y redujo a la nada a los revolucionarios. Los agentes soviéticos en España estaban al mando del

general Alexandr Mijailovich Orlov (Bobruisk, Bielorrusia, 1895-Cleveland, Estados Unidos, 1973), cónsul general de la URSS en Barcelona y uno de los grandes bellacos de la Guerra de España: el asesino de Andreu Nin, el que organizó el traslado de las reservas españolas de oro a Moscú, fue condecorado con la orden de Lenin y, al final, perseguido por Stalin para ser convenientemente purgado, se exilió a Estados Unidos para vender allí a su feroz jefe—; los soviéticos, con policías comunistas de confianza mandados desde fuera de Barcelona, secuestraron y encarcelaron a los dirigentes del POUM al margen de cualquier legalidad y a su líder, Andreu Nin (El Vendrell, Tarragona, 1892-Alcalá de Henares, Madrid, 1937), que había sido secretario de Trotski en Moscú, lo torturaron y asesinaron clandestinamente.

La propaganda articulada por gobierno republicano, soviéticos y partidos comunistas para justificar la brutalidad: que el POUM y Nin estaban al servicio de Hitler y de los militares sublevados, funcionó a pesar de lo burdo de su planteamiento: se dirigía a una población que, aterrada por la barbarie de la represión del bando sedicioso —cuatro mil republicanos asesinados en la plaza de toros de Badajoz el 15 de agosto de 1936—, veía enemigos de la República, amenazas ciertas para sus vidas, allí donde señalara cualquier autoridad.

Pero no era el caso de Orwell, quien, además de vivirlo desde dentro, unos días después de la matanza, el 20 de mayo, fue gravemente herido en el cuello en el frente de Huesca y, además enfermo de tuberculosis —enfermedad de la que moriría trece años después—, se refugió en Marruecos, tanto para recuperarse como para evitar convertirse en víctima de la República por la que había ido a luchar. Ahí empezó a redactar *Homenaje a Cataluña* (*Homage*



to Catalonia, 1938), un fresco que recuerdo apasionante —lo leí en 1970, cuando apareció la primera edición en castellano (Ed. Ariel, Barcelona)—; una gran decepción escrita con un emocionante estilo desapasionado: “Costaba mucho pensar en aquella guerra con la misma actitud ingenua e idealista que antes”, dice tras las *Jornadas de Mayo* y hace suya la sentencia que un corresponsal británico le soltó el mismo día de su llegada a Barcelona: “Esta guerra es tan sucia como cualquier otra”, cuando su primera impresión de la ciudad había sido muy otra: “Por encima de todo, se creía en la revolución y en el futuro, se tenía la sensación de haber entrado súbitamente en una era de igualdad y de libertad. Los seres humanos trataban de comportarse como seres humanos y no como engranajes de la máquina capitalista”.

Para Orwell, “decir la verdad es un acto revolucionario”, que ejerce en privado —en carta a un amigo: “Casi todos nuestros amigos y conocidos están en la cárcel (...) sin que pese sobre ellos ninguna acusación excepto la de ser sospechosos de trotskismo. Cuando me marché

estaban ocurriendo las cosas más terribles, detenciones masivas, heridos arrastrados fuera del hospital y arrojados a la cárcel, gentes apretujadas en repugnantes guaridas (...), presos golpeados y muertos de hambre” (julio de 1937)— y en público: “(...) El POUM era sin duda el más débil en número de todos los partidos revolucionarios, y su supresión no atañe, sino relativamente, a pocas personas. Según todos los indicios, no habrá en total más de una veintena de fusilados o condenados a largas penas de prisión, centenares de existencias destrozadas, y algunos millares de perseguidos pasajeramente. Sin embargo, su supresión es, como síntoma, muy importante. En primer lugar, muestra claramente al extranjero lo que ya era evidente a ojos de algunos observadores en España: que el actual Gobierno tiene más puntos de semejanza que de diferencia con el fascismo. Lo que no significa en modo alguno que no valga la pena luchar contra el fascismo más abierto de Franco y Hitler. En cuanto a mí, ya había comprendido desde mayo la tendencia fascista del Gobierno, pero no por eso dejé de ir de nuevo voluntario al frente, como hice” (“*Eye-witness in Barcelona*” —“Testigo en Barcelona”—, *Controversy*, agosto de 1937).

Desde esas premisas, se entiende la acusación de Orwell a Auden —a quien había calificado en 1933 como “una especie de Kipling sin arrestos”— por manchar su poema épico con un principio propio del nazismo y del estalinismo, en el verso citado. Desde la izquierda libre, la voz de Orwell se alza con una firmeza moral en los antípodas de la complaciente actitud estética, posibilista o, peor, sumisa al partido, burguesa en el fondo y en cualquier caso, de una gran parte de sus compañeros de filas y viaje ideológico-sentimental a la Guerra de España:

“(...)”

Hoy, el premeditado incremento del riesgo de morir, / la admisión consciente de la culpa en el asesinato necesario; / hoy, el gasto de energías / en el dogmático efímero panfleto y el aburrido mitin” (...)

[(...) *To-day the deliberate increase in the chances of death, / The conscious acceptance of guilt in the necessary murder; / To-day the expending of powers / On the fiat ephemeral pamphlet and the boring meeting* (...)].

“La (...) estancia pretende ser una suerte de boceto de un día en la vida del «buen militante». Por la mañana, un par de asesinatos políticos; una pausa de diez minutos para ahogar remordimientos burgueses, luego un almuerzo apresurado y una laboriosa jornada vespertina pintando muros y distribuyendo panfletos. Todo muy edificante. Pero obsérvese la frase «asesinato necesario». Sólo podría ser escrita por alguien para quien asesinar es, como mucho, una palabra.

“Personalmente, yo no hablaría con tanta ligereza de asesinato. Ocurre que yo he visto los cuerpos de numerosos hombres asesinados —no quiero decir muertos en batalla; quiero decir asesinados—. Por eso tengo alguna idea de lo que significa el asesinato, el terror, el odio, las autopsias, la sangre, los olores. Para mí, el asesinato es algo que se ha de evitar. Como para cualquier persona normal. Los Hitler y los Stalin encuentran necesario el asesinato, pero no proclaman su insensibilidad y no hablan de ello como «asesinato»; es «liquidación», «eliminación» o cualquier otra monserga. La clase de amoralidad de Mr. Auden sólo es posible si uno es ese tipo de persona que siempre está en otro sitio cuando se tira de gatillo, como mucha ideología de izquierdas es una forma de jugar con fuego de gente que aún no sabe que el fuego quema. El belicismo al que se ha entregado la intelectualidad en el periodo 1935-9 se ha basado ampliamente en una sensación de inmunidad personal. La actitud fue muy diferente en Francia, donde el servicio militar es difícil de eludir e incluso los hombres de letras saben lo que pesa una mochila”.

(G. Orwell, *Inside the Whale*, 1940).

En este libro de ensayos, Orwell recogía y ampliaba la crítica que ya había formulado en un ensayo publicado en *The Adelphi Magazine of the New Writing*, en diciembre de 1938, donde escribió que si Auden usaba ese lenguaje era “porque nunca ha cometido un asesinato, quizás ningún amigo suyo haya sido asesinado, posible-

mente nunca ha visto el cadáver de un hombre asesinado”.

Desde luego que Orwell no fue el único en experimentar tan brutal desencanto de su experiencia española, pero sí uno de los pocos en expresarla; mejor dicho, en quererla expresar, pues percibió en sí mismo que lo *políticamente correcto* impedía decir la verdad. El citado historiador Eric Hobsbawm alude a ello en el 70º aniversario de la edición del poema de Auden:

“Es obvio que un buen número de voluntarios extranjeros llegados a España, intelectuales o no, quedaron impresionados por lo que allí vieron, por el sufrimiento y la atrocidad, por lo despiadado de la guerra, por la brutalidad y la burocracia en su propio bando, y, si eran conscientes de ello, por las intrigas y las disputas políticas de las camarillas internas de la República, por el comportamiento de los rusos y por muchas más cosas” (“*War of ideas*”, *The Guardian*, 17 de febrero de 2007, Londres, <http://books.guardian.co.uk>).

El propio Auden dirá, años después de su turbulenta relación con la Guerra de España y con su propio poema: “De no ser un estalinista inflexible, no conozco a nadie que estuviera en España durante la Guerra Civil que volviera con sus ilusiones intactas”. Pero, como muchos, Auden no sólo se guardó de expresar sus críticas y desacuerdos sino que escribió en favor de la causa republicana.

La idea general en la izquierda británica, en otras también, era que la crítica a los desmanes de los leales (*loyalists* es el término) suponía un apoyo objetivo a “los fascistas” (*id.*). Por eso, Victor Gollancz (Londres, 1893-1967), editor habitual de George Orwell, rechazó publicar su *Homenaje a Cataluña*. Gollancz no sólo fue un editor mítico –su Victor Gollancz Ltd. fue una de las primeras grandes editoriales modernas, utilizando la publicidad como lo hacía cualquier otro producto a la venta y creando un círculo de lectores, el *Left Book Club* (1936), que proclamaba desde el título su orientación ideológica– sino un humanista de iz-

quierdas que denunció como propio de nazis el trato que los aliados daban a los alemanes derrotados y comparó sus campos de concentración con los hitlerianos de exterminio; además, fue decisivo impulsor de las campañas de abolición de la pena de muerte en Gran Bretaña en los años 50.

Escribe Orwell a un amigo:

“Mucha gente me ha dicho con distintos grados de franqueza que no se debe contar la verdad de lo que está sucediendo en España y del papel desempeñado allí por el Partido Comunista, porque hacerlo predispondría a la opinión pública contra el gobierno español, y así, ayudaría a Franco”.

Kingsley Martin (1897-1969), el director del prestigioso semanario de izquierdas *New Statesman*, tampoco quiso publicarle un resumen y adelanto de su precioso (y preciso) libro. Orwell, “en la creencia, compartida por tantas gentes de izquierda, de que todo debe sacrificarse en aras a preservar un frente común contra el ascenso del fascismo”, terminó por resignarse provisionalmente al silencio: “Lo que dices respecto a no dejar que los fascistas dispongan de las disensiones entre nosotros es muy cierto”. Pero tan provisional que, en 1938, aceptó dar el libro a Fredric Warburg, un ex-editor de textos académicos, y Roger Senhouse, relacionado con el Bloomsbury Group, quienes habían comprado la famosa editorial Martin Secker, en quiebra; la habían rebautizado en 1936, Secker & Warburg, y la orientaban en la senda por la que Orwell se anticipó: la que sería una poderosa corriente ideológica europea tras el final de la Segunda Guerra Mundial y hasta la desaparición de la Unión Soviética: el humanismo marxista de una izquierda antifascista y antisoviética, si no anticomunista.

Los 1.500 ejemplares que se tiraron de *Homage to Catalonia* llamaron tan poco la atención

del público, escondido por la crítica, que cuando Secker & Warburg la reeditó en 1951 aún quedaban paquetes de libros de la primera edición en los almacenes de la editorial. Pero ya había comenzado la *Guerra Fría* y la voz de Orwell había pasado de políticamente incorrecta y excéntrica a ser profética... Claro que entre una y otra edición, ya había publicado sus dos obras maestras –si bien la popularidad y el éxito llegaron tras la muerte del autor–, *Rebelión en la granja* (*Animal Farm*, 1945) y *1984* (1949). *Animal Farm* es un trasunto satírico de la Unión Soviética, que prostituye la revolución proletaria convirtiéndola en una tiranía regida por un terrible artículo único: “Todos los animales son iguales, pero algunos son más iguales que otros”.

Antes de hablar de *1984*, anotemos que aunque Auden rechazó la amarga crítica política de Orwell a su *Spain 1937*, sólo a los *hagiógrafos* del poeta les caben dudas de que el certero análisis lo zarandeó profundamente. Años después pudo expresar, por fin, su rechazo a la revolución que se vivió dentro del bando republicano español, a los asesinatos de curas y a la profanación y quema de iglesias, que estremeció sus arraigadas convicciones religiosas en las que el agnosticismo no fue sino una vivencia entre dos convicciones en la fe cristiana. Rechazo que había callado para no dar ninguna baza propagandística al bando de los traidores encabezados por Franco (T. R. Healy, “Auden and Orwell in the Heart of the Fire”, *Umbrella. A Journal of poetry and kindred prose*, spring 2007, www.umbrellajournal.com).

Auden calificó la andanada de Orwell de “profundamente injusta”, pero no se lo debía parecer de puertas adentro, pues cuando incluye el poema en su volumen *Another Time* (1940), sustituye el aciago *necessary murder*, en el verso *The conscious acceptance of guilt in the necessary murder*, por un funcional *fact of murder: The*

conscious acceptance of guilt in the fact of murder, una manera de aludir al asesinato como algo inherente al *hoy* del poema, propio e inevitable en la guerra, probablemente un juego de palabras con la expresión *fact of life*, la realidad de la vida, lo que está en la naturaleza de las cosas.

Un remiendo de la virginidad del poema que no convenció al propio Auden –sus biógrafos suponen, por su cuenta y sin pruebas, que sí satisfizo a Orwell–, quien contendió con su crítico durante años, intentó pasarlo por la izquierda –“Matar a un ser humano es siempre un asesinato y nunca debería ser llamado de otra manera”, opuso al “muerto en batalla” que Orwell distingue del “asesinado”– e incluso trató de justificar lo que había escrito: “Si se trata de una guerra justa, entonces el asesinato puede ser necesario por el bien de la justicia”...

Según su biógrafo y albacea literario, Edward Mendelson, para Auden, *necessary* “significa lo que está decidido o ya determinado, por lo que el asesinato es percibido como una consecuencia inevitable en el cumplimiento de las demandas de la historia”; determinismo que, cómodamente, excluye la libertad de elección. Y según el poeta:

“No excuso los crímenes totalitarios sino que trato de decir lo que, seguramente, piensa cualquier persona decente que se crea incapaz de adoptar la posición pacifista absoluta”.

Paparruchas. Sabía tan bien que la razón estaba de parte de su crítico que, tras edulcorar el verso, terminó por repudiar su *Spain 1937* entero, no volvió a publicarlo nunca y prohibió que se incluyera en las antologías de su obra... Seguramente volvía al canon poético que había formulado en los años 30, cuando fue consagrado como heredero de la generación anterior, la gran poesía anglosajona de los Eliot, William Butler Yeats (Dublín, 1865-Roquebrune-Cap-Martin, Francia, 1939),

Dylan Tomas (Swansea, Gales, 1914-Nueva York, 1953), los norteamericanos William Carlos Williams (Rutherford, 1883-4 de marzo de 1963), Ezra Pound (Hailey, Idaho, Estados Unidos, 1885-Venecia, Italia, 1972), etcétera:

“A la poesía no le concierne decirle a la gente lo que debe hacer, sino extender el conocimiento de lo bueno y lo malo, quizás impulsar la necesidad de una acción urgente y aclarar su naturaleza (...) llevarnos a un punto donde nos sea posible hacer una elección racional y moral” (1935).

Volvió al canon poético cuando la Guerra de España aún no lo había obligado a hacer esa elección.

3.

Y, en fin, camino (aéreo) de vuelta a España, a Barcelona, una rúbrica paradójica a la que es tan aficionada *Madame l'Histoire*: a finales de los años 90 del pasado siglo, el ayuntamiento de Barcelona decidió derribar una serie de bloques de infraviviendas en el hiperurbanizado distrito del Barrio Gótico, escaso de espacios abiertos y ajardinados, precisamente para ganar una plaza y sembrar –dicen en mi pueblo– unos arbolitos. La corporación bautizó la nueva glorieta en el barrio viejo –la Ciutat Vella– como Plaza de George Orwell, en homenaje al homenajeador de Cataluña.

En vísperas de la guerra mundial, Auden se fue a Estados Unidos con el escritor Christopher Isherwood (Disley, Cheshire, Gran Bretaña, 1904-Santa Mónica, Estados Unidos, 1986), su amante y colaborador, con quien había vivido en Berlín y de donde salieron ante la amenaza nazi. En Gran Bretaña se les reprochó que, así, evitaran la leva –aunque Auden sirvió simbólicamente en Berlín al final de las hostilidades, en el U.S. Strategic Bombing Survey, estudiando los efectos de los bombardeos masivos en la moral de los alemanes...–.

El coherente Orwell se alistó

en el cuerpo de la Home Guard y mereció una condecoración, la Medalla de la Defensa, y luego trabajó para el Servicio Oriental de la BBC, en programas de propaganda destinados a que India y los países del este de Asia se sumaran a la guerra contra el fascismo, contra Japón; propaganda tan grosera que le hacía sentirse “como una naranja pisoteada por una bota muy sucia” y que le hizo renunciar a la cómoda situación de funcionario para emplearse como columnista y editor literario del *Tribune Magazine*, semanario londinense de izquierdas, donde se consagró como uno de los mejores escritores de periódicos de su época y donde atrajo definitivamente el interés del famoso e infame MI5 (Military Intelligence, Section 5: Domestic intelligence, hoy Security Service), el servicio militar de espionaje de los propios ciudadanos británicos, verdadero inspirador del *Big Brother* de su profética –si George Orwell hubiera sido de derechas, hoy estaría en los altares como santo y profeta– novela *1984*, aunque la propaganda occidental, entre otras la de los servicios de la Inteligencia Militar británica, hayan tratado de *distraer* el objetivo de su novela, haciendo creer que se trataba de una nueva acusación contra el estalinismo. No: *Animal Farm* es un retrato satírico del sistema soviético; *1984*, una estremecedora denuncia del sistema occidental, cuyos dirigentes suplantán la democracia por el control y la represión ejercidos por los grupos de poder. Aunque, desde luego, no dejara nunca de arremeter contra el autoritarismo hasta el punto de que en 1949, ya gravemente enfermo de la tuberculosis que lo mataría al año siguiente, entregó a una amiga suya que trabajaba en el MI5 –y por la que supo que los espías de Su Graciosa Majestad llevaban doce años detrás de él– una lista de treinta y siete escritores y artistas que consideraba con tendencias

estalinistas, desde el citado director del *New Statesman*, Kingsley Martin, a Charlie Chaplin... Se dice que nunca renunció al socialismo democrático que lo animó toda su vida y que tal innoble chivatizo obedeció tanto al deseo de ayudar a su amiga espía y correigionaria como a su profunda convicción de que el comunismo estalinista era un peligro tan real para Europa como lo habían sido el franquismo para España, con éxito, y el fracasado nazismo para Alemania.

Quién sabe; toda esa generación de intelectuales británicos tuvieron una turbia relación entre sí y cada uno consigo mismo. Orwell, tras tres años de agonía de hospital en hospital, dejó ordenado en sus últimas voluntades que lo enterraran de acuerdo al rito anglicano que había abandonado en su lejana juventud para luchar en esta vida por esta vida y no por la del más allá...

Pero estábamos con la Señora Historia Paradójica y en Barcelona, en la Plaza de George Orwell. Al poco de su solemne inauguración por la corporación municipal gobernada por el PSOE, empezó a ser conocida como *Plaza del Tripi*, pues el nuevo espacio urbano se convirtió en punto de reunión del pequeño mercado clandestino de drogas –*tripi*, del inglés *trip*, viaje: trocito de cartulina de medio centímetro cuadrado impregnada de ácido lisérgico (LSD), también conocida en argot como *cartón de la risa*, *ajo*, etcétera–. Para controlar a los pequeños delincuentes, *camellos*, y a los pobres toxicómanos, enganchados, la corporación municipal, también socialista e ilustrada, quizás lectores de Orwell –seguro que del *Homenatge a Catalunya* (primera edición en catalán: Ed. Ariel, Barcelona, 1969), por patriotismo y para saber qué habían bautizado, y los más ilustrados, de *1984*– y los políticos, “especialistas en no ponerse colorados” como son (decía Pepe González Cano), decidieron inaugurar el

servicio de cámaras de video-vigilancia de la ciudad ni más ni menos que en la Plaza de George Orwell!

Y a cada uno, su paradoja: en 1971, tres años antes de morir Auden, el secretario general de Naciones Unidas, Maha Thray Sithu U Thant (Pantanaw, Birmania, 1909-Nueva York, 1974), le encargó que escribiera los *lyrics* del *Himno a las Naciones Unidas* que a los 95 años estaba componiendo Pau Casals, el glorioso violonchelista catalán. Dice Auden:

“(...) Cuando todos somos hermanos, / no el anónimo *Otros*, / y mortales / cuidaos de las palabras / pues mentimos con ellas, / podemos decir paz / cuando queremos decir guerra (...)”.

[“(...) *Where all are brothers, / none faceless Others, / et mortals / beware of words, / for with words we lie, / can say peace / when we mean war, (...)*”].

Sic transit.

Madrid, octubre de 2007.

[Este ensayo, *De NYC a BCN: Auden, Orwell–la Guerra de España*, pertenece al libro *El oficio de amar* (inédito).]

Ignacio Fontes de Garnica es periodista y escritor. Su última publicación es *El parlamento de papel. Las revistas españolas en la transición democrática*.